

Misas de horario...

Comienza la misa a las 19 hs puntualmente. Todo está preparado. Ya se leyeron las intenciones, el guía invitó a ponerse de pie y cantar. El sacerdote y dos monaguillos suben al altar. Termina el canto de entrada entonado por una señora que también oficia de ministra de la eucaristía. Se inicia con la señal de la cruz. El sacerdote se concentra en el misal. No miró a los fieles en ningún momento, el decoro y la solemnidad de la celebración no lo merece, tampoco los saludó con un respetuoso: Buen día! o Buenas tardes! Todo sigue su curso normal: pedido de perdón, gloria, oración y arranca la primera lectura. Con mucha dificultad un hombre, que también es ministro de la Eucaristía, intenta leer un fragmento del Antiguo Testamento y para el pesar de los oyentes continua con el Salmo, pronuncia de la manera que puede los nombres hebreos. La segunda lectura la hace un monaguillo entusiasta y al terminar dos señoras entonan "Aleluyas" en distintas versiones, prevalece la se que se acercó al micrófono. El sacerdote se dirige al Ambón y comienza la lectura del Evangelio en correcta dicción. Termina la lectura y empieza la homilía. Son las 19.10 muchos jóvenes recién están llegando y comienzan a instalarse en la puerta trasera, desde la línea de entrada hacia la calle. No hay ninguna niña que celebre sus quince años, por lo tanto estos jóvenes seguramente son de familias católicas que insisten a sus hijos la asistencia a la misa dominical. Tal vez alguno participe en algún grupo juvenil y alguno que otros sea un autoconvocado... suele ocurrir.

Los ventiladores del templo se hacen sentir en esos segundos que el sacerdote acomoda el Leccionario y se prepara a desplegar su homilía escrita. Comienza a leer lo que preparó para reflexionar sobre la Palabra. Hasta ahora no saludó a los fieles y pareciera que no va a hacerlo por el resto de la misa. Empieza a explicar el contexto bíblico de la primera lectura y como se debe interpretar para no caer en el error. Pasaron quince minutos de datos históricos, técnicos, bíblicos y teológicos. Se inicia la reflexión del Evangelio proclamado. El tono es moral. Muy moralista! Si no haces esto, no mereces aquello o el clásico horóscopo del "deber ser": "así también les va ir". En muchas apreciaciones parece que el sacerdote adivinó la conciencia de todos los presentes porque dice en repetidas oportunidades que no nos merecemos ser Hijos de Dios porque hacemos todo lo contrario a lo que nos enseña. También se nota que conoce mucho a sus parroquianos porque enumera todos los problemas familiares que se desatan en el barrio por no cumplir con la ley de Dios. Se escuchan ejemplos como: "El otro día una señora me vino a hablar y me dijo...tales y tales cosas". Yo Pensaba que sería bueno que esa señora no vuelva a la Parroquia o por lo menos que deje de contar las intimidades al párroco. Los jóvenes que se habían ubicado de la puerta de salida para afuera miran hacia adelante pero sin un punto fijo definido. Parece que están en otro lado. Cada tanto miran su celular, tal vez allí hay algo nuevo. Una señora del primer banco asiente con la cabeza todo lo que dice el padre desde el ambón, hay otras señora que reza el rosario. Las señoras que guían y cantan discuten quien va a leer "que cosa" después de la homilía. Los monaguillos están ahí. La homilía avanza y se escucha en repetidas veces: "Debemos ser así...", "Debemos cambiar...", "Estos males nos pasan porque no somos lo que Dios nos pide...".

Terminó la homilía, se escucha la invitación a rezar en la Oración de los fieles. A continuación se invita a ser generosos con la Iglesia (muy generosos). Se sientan todos y las mujeres que pasan los canastos para depositar el dinero sonrían a quien deposita algo. Siempre hay gente generosa. Se acercan las ofrendas, los responsables, que casualmente también son ministros de la eucaristía ya están en su posición para llevar al altar el pan y el vino. Se canta "Señor toma mi vida nueva..." esta vez las señoras se pusieron de acuerdo y comienzan al unisono.

Siguen las oraciones sobre las ofrendas, la plegaria eucarística y la preparación para la comunión. Se recuerda por micrófono que aquellos que no estén debidamente preparados por favor no se acerquen a comulgar. Comienza la procesión para la comunión, algunos fieles toman asiento y otros intentan seguir los cantos. Termina la comunión y el silencio se corta con los avisos parroquiales. Ningún aviso es para las personas que no sean del Consejo Parroquial o de los grupos activos de la Parroquia. El Padre se dispone a hacer la oración final. Los jóvenes que estaban detrás de la puerta de salida ahora están en la vereda. Muchas señoras aprovechan los últimos minutos para rezar a los santos de los costados de la Iglesia. El sacerdote da la bendición final. La gente se retira y las señoras que guían y cantan, junto a los que llevaron ofrendas y otros mas se juntan para charlar mientras se van apagando las luces del templo. El sacerdote atiende algunas bendiciones y saludos cordiales. El templo quedó vacío. Se escuchan las palomas, el ruido de puertas que se cierran y los autos que

arrancan afuera.

La semana siguiente decidí ir a otra Parroquia. Al llegar se me hace difícil conseguir un lugar para tomar asiento. La Iglesia está colmada. Hay muchos jóvenes. Me llama la atención la presencia de jóvenes. El templo se ilumina rápidamente y suenan los instrumentos y se oyen las voces espléndidas del coro. Ingresa un sacerdote avanzado en edad. Se lo nota cansado pero motivado por la encendida presencia de fieles y la armoniosa melodía de entrada. Comienza "En el nombre..." que fue lo único que se entendió durante toda la misa. No se puede interpretar sus palabras. Habla muy despacio, con un tono suave y débil. No se entiende. Yo miro a los jóvenes que vinieron "hoy" a misa. Vinieron muchos mas apenas comenzó la primera lectura. Minutos mas tarde después del Evangelio comienza la homilía: no se entiende nada. Hay muy buena instalación de sonido pero el débil timbre de voz del anciano sacerdote no se alcanza a comprender. Los jóvenes que son al menos unos veinticinco y mas atrás, otros tantos permanecen quietos. Están presentes. La homilía prácticamente fue inentendible. Continúa la misa como es habitual con sus largas oraciones que suenan familiar y por eso da la sensación que se entiende lo que dice. Llega al final la misa, el sacerdote se despide, se retiran los fieles. Los jóvenes que llamaban la atención por su docilidad a la situación de falta de entendimiento comienzan a retirarse del templo. Tan sólo a una cuadra se escucha un templo cristiano con musica en alto volumen y un predicador avisado y muy suelto que invita a los que allí se congregan a alabar a Dios, a amarlo de corazón y a poner todos los sufrimientos en sus manos. La gente se va retirando rápidamente del templo católico. Quedan unos pocos cerrando puertas y comentando algún imprevisto durante la función religiosa.

Algo deberíamos cambiar en nuestras celebraciones. Tal vez una cuota de humanidad, de recepción a los que se acercan. Alguna autocrítica de nuestras maneras institucionales de actuar podemos realizar. Tal vez podemos mejorar nuestra pastoral interna antes de pensar en grandes misiones o utopías evangelizadoras. Quizás podemos evangelizar el trato, la cordialidad, la imagen que damos, las palabras que decimos, la recepción que hacemos, los detalles generales para los que vienen. Después sigamos buscando afuera, evangelizando, misionando. En las misas de horario hay una imagen de Iglesia que no vende, no entusiasma, y no convoca. En estas misas también se siembra, también a Cristo se muestra y no basta con la puntualidad del cura o la guía preparada.

Hno. German Diaz
germansdb@hotmail.com